

la amplitud de la introducción que da una visión general, sobre todo en lo que toca a los recursos literarios y poéticos.

Carlos Granados García – Universidad Eclesiástica San Dámaso – C/ Jerte, 10 – 28005 Madrid

---

Matteo CRIMELLA, *Padre Nuestro. La oración de Jesús en los evangelios* (Biblioteca de Estudios Bíblicos minor 26; Sígueme, Salamanca 2022). 141 pp. ISBN: 979-84-301-2126-7. € 14,00

El Padre Nuestro es bien conocido para la exégesis: los estudios sobre la oración del Señor son numerosos y amplios. Mas precisamente por ello es de agradecer un estudio como el que presentamos, competentemente traducido por Santiago Guijarro; se verifica así la conocida ley de Luis Alonso Schökel: “las áreas pobladas atraen población. Las despobladas la repelen”. Sin grandes pretensiones, sencillo y breve, este volumen logra, por una parte, dar a conocer los resultados recientes de la investigación, que el autor conoce a fondo; y por otra añadir una novedad. En efecto, generalmente los estudios del Padre Nuestro, tras un recorrido histórico-crítico para tratar de determinar la forma primera, tienden a ofrecer un comentario a su forma más completa y extensa, la de Mateo, que comprende todos elementos que hallamos en su forma lucana. Crimella, por el contrario, los ve como dos formas irreductibles de una misma oración: y esto, no como un problema que hay que resolver, sino como una riqueza que se ofrece.

Las dos versiones, en cuyo trasfondo se adivina una sólida tradición oral viva y cuidadosamente preservada, aparecen así como dos visiones, en consonancia con la de cada evangelio; la profunda semejanza entre ellas (“en griego comparten veintiséis términos de cincuenta y siete para Mateo y de treinta y ocho para Lucas”: 17) permite a su vez resaltar la diferencia. Por ello Crimella, tras una introducción común (“Una oración en dos versiones”: 13-21) ofrece dos comentarios: “El padrenuestro según Mateo” (23-96) y “El padrenuestro según Lucas” (97-136); el primero es más extenso, tanto por la mayor amplitud de la oración en Mateo, cuanto por el hecho de que, para las expresiones comunes, el comentario a Lucas remite al anterior. Pero ello no impide un tratamiento pormenorizado de cada versión. La de Mateo (Mt 6,9b-13) se caracteriza por su contexto literario, el sermón de la montaña, cuyo centro ocupa esta oración; así aparece “como una verdadera joya incrustada en el contexto de las enseñanzas de Jesús” (25). El comentario subraya asimismo la relación con otros momentos relevantes del evangelio, algo que se verifica singularmente en Mt 6,10b (que anticipa 26,42), así como en la vinculación de la quinta petición con la parábola

del siervo inmisericorde (18,23-35). Por su parte, el Padre Nuestro lucano, situado en distinto contexto (camino hacia Jerusalén: Lc 11,2b-4) y presentado como respuesta a una petición de los discípulos, aparece como núcleo de una constelación de enseñanzas acerca de la oración, tema tan querido para el tercer evangelio (11,5-8.9-13; 18,1-8.9-14; 19,4; 20,47; 22,40.46). El planteamiento, a la vez histórico y contextual, resulta pues singularmente adecuado.

El comentario conjuga la sencillez y la sobriedad en la exposición con el conocimiento de la investigación reciente; tanto el lector novel como el iniciado se nutrirán con su lectura. Me permito tan sólo tocar dos puntos para el diálogo. En primer lugar, la petición del pan –central para ambas versiones–, en la que Crimella aboga por traducir “el pan *para mañana*” (72), tiene una apertura simbólica que el evangelio subraya singularmente mediante los contactos con la multiplicación de los panes y con la institución de la eucaristía; el autor lo reconoce (74-75), pero quizá la referencia eucarística sea más radical de cuanto se desprende del comentario. Por otra parte, ante la sexta petición, siempre controvertida, se propone traducir –y por tanto interpretar– “y no nos pongas a prueba” (92), sobrevolando así el problema de la traducción literal (“no nos introduces en tentación”). Es sin duda una opción legítima, pero a nuestro entender no hace justicia al misterio de que Dios puede “introducir en *peirasmós*” (cf. Mt 4,1); *peirasmós* sigue retando al intérprete, y seleccionar una u otra traducción no anula la otra posibilidad. Sería por ello conveniente volver la mirada, no tanto al sustantivo en cuestión (según el contexto, “tentación” o “prueba”), como al significado del verbo *eisphérō* “introducir”, que se puede interpretar –según la propuesta de Joachim Jeremias (*Teología del Nuevo Testamento I* [BEB 2; Salamanca 2001] 237)– en sentido permisivo (“no permitas entrar”), en modo análogo a ese hablar típicamente bíblico que atribuye a Dios, causa última, las acciones de sus criaturas (recordemos el Dios que “endurece el corazón del Faraón”). La tentación aparecería así como un “lazo” en el que Dios, que permite la prueba, no deja que “entre” el discípulo cuya carne es débil, pero que se apoya en la oración (cf. L. Sánchez Navarro, *La Enseñanza de la Montaña* [Estella 2005] 123).

La obra aparece ante nosotros como fruto maduro que abre un camino. La comprensión de la oración del Señor en sus dos formas revela la fecundidad del testimonio evangélico, que precisamente en su diversidad manifiesta la riqueza de esa *res* única. El lector extraerá notable provecho de estas páginas, certera introducción al misterio de la oración del Señor.